

El Juego

El sudor me resbalaba por la frente, me lo sequé en un acto reflejo con la manga del jersey, mientras mi corazón no dejaba de martillar frenético, me había librado por los pelos, en mi cabeza todavía resonaban los gritos de mi amiga Amanda que había quedado atrás. No pude ayudarla y eso me pesaba en el pecho. Inspiré –No te dejes llevar por el pánico- me dije –Necesitas la cabeza fría para poder salir de esta pesadilla.

Miré a mi alrededor, me encontraba en una pequeña habitación, esperaba que fuera la última de ese terrorífico sitio. A quién se le podía ocurrir una cosa tan retorcida. No quería pensar en todos los amigos que habían muerto con ese juego.

Volví a pasar la vista por la habitación: era una biblioteca, con estanterías llenas de libros a cada lado y, en el medio, un escritorio.

Volví a mirar el escritorio, encima de la mesa había un tintero antiguo, una placa y unos papeles. No tenía tiempo que perder, sabía por experiencia que eso se iba a poner muy feo. Me dirigí hacia la mesa y cuando mi pie pisó la alfombra, esta empezó a escurrirse hacia abajo. Me tiré hacia atrás golpeándome la espalda contra el suelo, para no ser arrastrada. Cuando me senté, pude ver un gran agujero que cubría casi todo el suelo. Me incorporé y subí a una de las estanterías. Como pude, me fui acercando al escritorio. Ya casi había llegado cuando empezó a temblar la estantería, haciendo que perdiera el apoyo de uno de mis pies. O me lanzaba o acabaría cayendo por el agujero.

Cerré los ojos y me lancé. Caí encima de la mesa, suspiré y empecé a buscar la pista que necesitaba. Cogí la placa, en ella ponía «**Para una gran mente nada es pequeño**», me sonaba la frase pero no conseguía identificarla. Inspeccioné la mesa, había una vieja pipa y encima de los papeles, una gran lupa. Ya lo tenía, era la frase de Sherlock Holmes.

Miré las estanterías, buscando alguno de sus libros. ¡Cómo no!, se encontraban en la última estantería. Trepé por ellas y cuando lo alcancé, del lomo de este, salió una afilada hoja que me atravesó la mano. Grité de dolor, volví al escritorio, abrí el libro y mi corazón se paralizó en la primera página. «Estás muerta».